

El triunfo de la genialidad ante la enfermedad y la vejez

CARMEN ROCAMORA *

Hace muchos años oí a un viejo profesor sostener la siguiente teoría: “El cerebro, unido a la vejez y asediado por una enfermedad degenerativa, anula la creatividad, imposibilitando la existencia de cualquier manifestación artística y aniquilando totalmente la genialidad”.

Sinceramente creo que para establecer verdades absolutas, por altisonantes que parezcan, hay que haber profundizado mucho en ellas y pienso que, con una pequeña mirada a la Historia del Arte o de la Música de los últimos siglos, se caen por tierra estas

afirmaciones, ya que, como trataré de demostrar a continuación, ha habido genios que precisamente al final de sus vidas y gracias a la desesperación provocada por sus terribles enfermedades llevaron a cabo sus mejores y más sublimes obras, en un esfuerzo de superación del sufrimiento, apoyándose precisamente en sus facultades artísticas y en su genialidad para asombrar al mundo en esa terrible lucha contra la adversidad y la muerte.

Me referiré para sustentar mi teoría a Beethoven, Monet, Renoir y Goya.

Beethoven

Fue un triunfador, pero no un hombre feliz. Su carácter fue irascible y ofensivo. Cuanto más alta la categoría social de su interlocutor, mayor agresividad y desprecio mostraba hacia la persona. Sin embargo, era querido por la alta burguesía que le perdonaba su amargura y su menosprecio. La familia Breuning, el príncipe Lichnowsky y el embajador de Rusia, Conde Rasmowsky, fueron sus grandes protectores, abriendo sus palacios para que el músico tuviese la oportunidad de conocer a maestros como Hayden o Shrenk y creando un cuarteto a disposición del compositor para que éste ejercitase y dirigiese sus obras.

Junto a los primeros triunfos de Beethoven empezaron a producirse los primeros síntomas de su sordera. La inquietud que esto le provocaba hacía que su carácter empeorase por días. En 1802, el maestro estuvo gravemente enfermo. Alejado de Viena e instalado en Heiligenstadt, escribió su testamento bajo la triste impresión que le causaba ya su enfermedad:

“Desde hace muchos años sufro la terrible sordera cuya mejoría no llega jamás y hoy no veo más que la agravación, imposible de curar. Imaginaos mi tragedia. ¿Cómo confesar la debilidad del sentido que era en mí más perfecto que en otras personas y que tan necesario es para mi arte?”.

“Recientemente he sentido tal desesperación que poco me faltó para que me suicidase. Solamente el arte me une a este mundo, pues no quiero alejarme de él para siempre hasta que haya producido la obra que creo debo componer”.

A pesar de esta íntima confesión, dos años más tarde compone *La Heroica*, dedicada a Napoleón, el hombre que para Beethoven estaba acabando con los reyes y la

aristocracia. Y poco tiempo después, enterado de que su héroe se había proclamado Emperador, pasa sin transición del entusiasmo al desencanto, de la admiración al odio y, para inmortalizar la muerte de su ilusión, compone *La Marcha fúnebre*.

En 1805 —lleva sordo una larga temporada—, compone *Fidelio* y, tres años más tarde, en 1808, nada menos que *La Quinta Sinfonía* también llamada *La Pastoral*. Además, *La Patética*, *La Appassionata*, *El Claro de Luna* (en honor de su amada Julietta Guiccardi, quien le despreció para casarse con el Conde Gallenberg) y —asombroso, inaudito— *La Novena Sinfonía*, cuya última parte es una apoteosis “A la divina alegría” sobre un tema de Schiller; también *La Misa Solemnis*, *La Batalla de Victoria* y tantas y tantas obras realizadas bajo el terrible drama limitante de su sordera.

Pero lo peor estaba aún por llegar. Muertos sus protectores, los enemigos le atacan sin tregua. En 1814 su audición era prácticamente nula. Pese a ello, ese mismo año, Beethoven intenta dirigir los ensayos de una de sus producciones, pero no consigue oír a los ejecutantes. Llorando de desesperación se retira en busca de soledad, no volviendo a presentarse ante el público más que en contadísimas ocasiones. Una de éstas fue la presentación de *La Sinfonía Coral* en 1828, obra fabulosa que obtuvo un enorme éxito. El maestro aceptó el homenaje llorando, sumergido en el trágico silencio de su enfermedad, percibiendo solamente los movimientos y los gestos de la multitud que lo aclamaba.

En 1826 su estado de salud se agrava. Durante varios meses aún tuvo la oportunidad de leer a sus clásicos preferidos, Homero, Platón y Plutarco, y el 26 de marzo de 1827, durante una pavorosa tempestad de nieve, el sordo más genial de la Historia de la música muere a los 57 años, cansado de su largo combate contra la soledad y la tragedia.

¿Habrá alguien capaz de negar su genialidad a pesar de haber perdido el sentido más necesario para su arte?

Monet

En el mundo de la pintura citaremos a Monet, no sólo porque fue el gran creador que a través de su cuadro *Impression soleil levant* dio título a la vanguardia más fabulosa del s. XX, el Impresionismo, sino porque al final de su vida, y gracias a su enfermedad y a su ceguera, abrió las puertas de algo que había de ser el asombro del mundo y el fundamento de la pintura posterior. ¡Nada menos que la Abstracción!

Efectivamente, el maestro creador de las famosas “series”, como *La Catedral de Rouan*, *The Parliament*, *La Gare Saint Lazare*, *Les Meules*, etc., se siente viejo y achacado por la peor enfermedad que puede atacar a un pintor: unas cataratas en ambos ojos que no mejoran una vez operadas (recuérdese que estamos hablando de los años 1920), unidas a la agravación de una retina sobrecargada por el esfuerzo.

Retirado a su casa de Giverny, empieza a pintar grandes paneles de los nenúfares que él mismo ha plantado en el estanque de su jardín. Su visión le falla pero, como escribe su amigo Clemenceau (1 de mayo 1924), “el maestro ha pasado su vida entre crisis de éxito y reacciones de retos sucesivos en su trabajo, siendo esto la condición misma de su triunfo”.

Los paneles se suceden. El pintor no se siente satisfecho con algunos de ellos. Los rompe, vuelve a empezarlos, su visión se nubla cada vez más y la profundidad que da a sus cuadros se hace más abismal a medida que pasan los días.

Entonces, cuando la unión entre su ojo y su cerebro desaparece, el autor acude a su memoria y pinta de su recuerdo, haciendo desaparecer los

contornos, extrayendo belleza del color y de la nada. Y así, surge su última serie, *Las Ninfas*, que para algunos nada tienen que ver con sus obras anteriores a las que consideran más terminadas, más perfectas, pero que para mí son las páginas más fabulosas del maestro de Giverny pues en ellas demuestra que ni la enfermedad, ni la desesperación, ni la vejez, ni el aislamiento, son capaces de cortar la carrera del genio que surge superando la mayor dificultad posible, hasta el momento mismo de su muerte.

Hoy pueden verse estos paneles congregados en París gracias a las negociaciones llevadas a cabo por dos genios que, al final de sus vidas y debido a la amistad, el respeto, el impulso, el consuelo, el trabajo y el apoyo, hicieron posible la existencia del museo más fabuloso de Francia, L’Orangerie de las Tullerías, llamado por muchos “La Capilla Sixtina del S. XX”. Ellos fueron el Primer Ministro Clemenceau y el pintor Claude Monet, cuya maravillosa correspondencia se conserva íntegra todavía.

Renoir

El maestro de Limoges tuvo el don mágico de transformar en belleza y en alegría de vivir cualquier espectáculo que encontró a su alcance. Gran amigo de Monet y miembro junto con éste del grupo de Batignoles (pintores, escritores y filósofos que se reunían toda las noches en el Café Guerbois, para comunicarse sus ilusiones y sus descubrimientos), tuvo el honor de ser el impresionista que conjugó en su paleta tanto la representación del paisaje como la captación de la figura humana en su momento de máxima armonía y belleza. Me refiero naturalmente a obras como *Le moulin de la Galette* (París, Louvre), *Le déjeuner des canotiers* (Washington, National Art Gallery), *La Grenouillere* (Museo Nacional de Estocolmo) o *Chemin montant dans le hautes herbes* (Musée d’Orsay, París.)

Hacia 1898, el gran creador empieza a sentir los efectos del reumatismo, y compra una casa para retirarse en Essoyes (Aube), el pueblo donde había nacido su mujer.

Sus miembros doloridos le incapacitan para sostener los pinceles con precisión, sus dedos curvados y rígidos han dejado de obedecerle, y puesto que ya no puede dominar esa especie de garras sin flexibilidad, ata fuertemente los pinceles a sus brazos, soportando su peso al tiempo que se agrava su dolor y, en esas condiciones estremecedoras, realiza una serie de retratos de su hijo pequeño al que llamaba Cocó. La visión de éste y el deseo de immortalizarlo le hace pasar por alto el sufrimiento, la desesperación y la impotencia, transformando, en un esfuerzo de enorme coraje, la voluntad en color y dibujo. Pero viendo que la enfermedad y la parálisis inmovilizan cada vez más sus miembros, cercano a la muerte, reacciona ante su deterioro mediante una exaltación vital y apasionada de sus pinceles, venciendo al final y al abatimiento, pintando la vida alegre de su juventud, en un canto del cisne, largo y estremecedor, vigoroso y lleno de fortaleza en el que sus manos, paralizadas nos muestran por última vez su calor humano, ante la desesperación de la enfermedad que le llevaría hasta la muerte en su casa el 3 de diciembre de 1819.

Goya

El pintor de la Corte que immortalizó como nadie a la familia de Carlos IV, en un retrato colectivo considerado por muchos como inspirado en el de *Las Meninas* de Velázquez, aquel que se atrevió a pintar a la Duquesa de Alba, vestida y desnuda en un alarde de valentía para el momento de su realización, el que aceptó decorar la Ermita de San Antonio de la Florida, el que recogió la mirada triste y fracasada de la Condesa de Chinchón en su quinto mes de embarazo, ante el desprecio y desamor de su marido Manuel Godoy, aquel que representó

como nadie la lucha entre el sublevado pueblo de Madrid y las fuerzas de invasión francesas en *La caza de los mamelucos* o, finalmente, el patriota que reflejó de modo dramático la ejecución de los amotinados, una vez sofocada la revuelta, en *Los fusilamientos de la Moncloa*, sufrió también la humillación del hombre orgulloso y altivo, vencido por la edad, la pesadumbre y el aniquilamiento de la enfermedad, producidos por la sordera y la enajenación mental.

En 1819, contando 72 años de edad, el pintor sufre un agravamiento de su salud. Este episodio se repite años después en 1825, momento en el que los médicos le desahucian por completo. Sin embargo, su vida se prolongará hasta el 16 de abril de 1828, cuando el maestro tiene 82 años.

De esta etapa final son: *Las pinturas negras* y *Los disparates*. Para muchos, estas obras son el reflejo de su alma atormentada por la tragedia, la soledad y la desesperación, para otros, entre los que me incluyo, la culminación de la gran obra del genio, cuando rompe con la representación de reyes y señores y abre paso a la representación de la fealdad, el sufrimiento y el horror, es decir, la transformación del Goya pintor de Corte en el Goya antecesor de una de las vanguardias más importantes del siglo siguiente: el Expresionismo Alemán.

Encerrado en su Quinta del Sordo, convaleciente de su gran achaque de salud, el pintor realiza 14 escenas en las paredes de su propiedad. En ellas, la visión festiva de celebración popular se transforma en alucinación, en pesadilla, sus figuras no miran hacia ninguna parte, sino que abren sus bocas en un grito desgarrador y dolorido en medio de una naturaleza amenazante y tormentosa.

El sufrimiento ante los avatares políticos por los que ha pasado Goya se hacen aquí patentes y la enfermedad libera su imaginación, extrayendo

de sus pinceles la angustia, el horror, el miedo y el desastre que han inundado su vida.

Ya tenemos aquí al Goya que inaugura el espectáculo de la masa suburbial y exasperada ante la tragedia social de su existencia, el Goya que exaltado hasta el delirio bordea las fronteras de la ultratumba, aquel que consigue identificar lo macabro y lo popular.

Goya, sordo como Beethoven, ha sido estudiado por Jean Starobinsky, quien hace un paralelismo creativo de los dos genios con estas palabras: “Estos dos artistas encerrados en la soledad desarrollan la producción de un mundo autónomo con medios que la imaginación, la voluntad y una especie de furor inventivo no dejan de enriquecer y modificar”.

El final de la vida de Goya representa un duelo hacia la muerte en el que el vencido no tiene escapatoria. La sordera, la locura y la desesperación le hacen sacar lo mejor de sí mismo en unas pinturas atroces y fabulosas en las que en sentido alegórico representa los terribles sufrimientos de su propia existencia atroz y destrozada.

En resumen

Hemos visto cómo cuatro grandes artistas ante el horror de la vejez y la enfermedad se encierran en una soledad voluntaria, sintiendo deseos de suicidarse y morir, pero sus inteligencias se debaten, cercadas por la duda, y apuestan entre la nada y la eternidad, forcejeando en la oscuridad de la razón por descubrir un rayo de luz. Y para vencer en la gran apuesta, al borde ya de sus muertes, buscan en su genialidad el bálsamo para su desesperación, luchando con su arte contra el acabamiento y el final, consiguiendo liberar las luces y las sombras de sus mentes, de los terribles naufragios del tiempo.

Son brillantes, apasionantes figuras que nos llegan desde un tiempo pasado, para descubriremos el gran enigma de su genio en su lucha contra la fatalidad de su destino.